



VOL: AÑO 5, NUMERO 12

FECHA: ENERO-ABRIL 1990

TEMA: CIUDAD Y PROCESOS URBANOS

TITULO: **Las políticas neoliberales y la cuestión territorial**

AUTOR: *Emilio Pradilla Cobos* [*]

SECCION: Artículos

RESUMEN:

Análisis crítico y esbozo de teorización sobre los cambios en los procesos territoriales (regionales y urbanos) y las viejas y nuevas contradicciones económicas y sociales que en ellos se expresan, particularmente, las que afectan a las mayorías populares determinados por las políticas neoliberales que están aplicando desde mediados de la década de los setenta las burguesías y los estados latinoamericanos, como respuesta a la larga fase recesiva de sus economías, y como instrumento de reestructuración de la economía, el Estado y el territorio, para tratar de sustentar una nueva fase de acumulación de capital en la región y rearticularse al capitalismo mundial.

ABSTRACT:

The Neoliberal Politics and the Territorial Matter.

Critic analysis and sketch of theorization about the changes in territorial processes (regional and urban) and the old and new economic and social contradictions that they show, specially, those which affect the popular majorities determined by the neoliberal politics that have been applied for the bourgeoisie and latinamerican states since middle seventies, like an answer to the recesive long phase of their economies, and like a restructuration instrument of the economy, the State and the territory, in order to sustain a new phase of capital accumulation in the region and reintegrate to international capitalism.

TEXTO

Los cambios radicales en las políticas globales de la burguesía y el Estado, llevados a cabo durante las dos últimas décadas en la mayoría de los países latinoamericanos, tendientes a "superar" la onda larga recesiva y reestructurar las economías y los regímenes políticos, están produciendo cambios significativos en sus estructuras territoriales y urbanas, y en la naturaleza y magnitud de las contradicciones que ellas expresan, en particular, en las que afectan a los sectores mayoritarios de su población trabajadora. Ello nos obliga a llevar a cabo una profunda reflexión teórica, que no puede ser resuelta mediante el método simplista de decretar, sin expediente ni juicio objetivo, la crisis del materialismo histórico-dialéctico en general [1] y sus aplicaciones a la cuestión territorial y urbana, su abandono vergonzante y su sustitución por las "nuevas" ideologías burguesas hegemónicas, o por viejas "teorías" idealistas vestidas con nuevos ropajes.

La realidad misma nos abre puertas de entrada a esta reflexión. La crisis económica de larga duración y las políticas para superarla y reestructurar duraderamente el capitalismo en América Latina (y todo el mundo capitalista), han colocado nuevamente en el primer

plano, como determinantes, a los procesos económicos en su relación dialéctica con el Estado y la política. Al mismo tiempo, ha puesto en evidencia una de las fallas fundamentales de la teoría y la investigación sobre la denominada cuestión regional y urbana, en sus dos vertientes opuestas fundamentales, la idealista burguesa y la materialista histórica en sus múltiples variantes: la importancia secundaria concedida hasta ahora a esta relación, como consecuencia de la sobrevaloración de otros procesos políticos, sociales y culturales, analizados sin tener en cuenta sus relaciones con los procesos económicos de producción, intercambio y distribución social y las políticas estatales en estos ámbitos [2]. Es decir, el análisis de partes de la realidad, sin tener en cuenta su relación con la totalidad, y las partes dominantes y determinantes en ella. Finalmente, ha dado el golpe de gracia a la "teoría urbana" eurocomunista construida por autores como Manuel Castells, Jean Lojkin, Christian Topalov, Jordi Borja y otros, cuyas bases teóricas concretas, conceptos y "leyes" fundamentales, lógica interna y coherencia con el marxismo, del cual se reclamaba explícitamente, ya hablamos sometido a la crítica (Theret y Wieviorka, 1980; Pradilla, 1984).

Los procesos reales actualmente en curso en todos los países capitalistas ponen de relieve la ausencia de reflexión rigurosa, tanto en esta teorización como en nuestra crítica, sobre las observaciones hechas por Marx en los borradores de *El Capital*, escritos hace más de 140 años, y que hoy pueden servir de punto de partida para su interpretación:

"El más alto desarrollo del capital ocurre cuando las condiciones generales del proceso social de producción no se crean a partir de una deducción del rédito social, de los impuestos estatales (donde es el rédito y no el capital el que aparece como fondo de trabajo, y el obrero, aunque es un asalariado libre como cualquier otro, desde el punto de vista económico, está sin embargo en otra relación), sino del capital en cuanto capital. Ello revela, por un lado, el grado en que el capital ha sometido a su dominio todas las condiciones de la producción social, y por otro lado, consiguientemente, en que medida esta capitalizada la riqueza social y reproductiva y se satisfacen todas las necesidades bajo la forma del intercambio; también las necesidades del individuo puestas como sociales, esto es, las que satisface y experimenta colectivamente con otros -y cuyo modo de satisfacción es por su naturaleza, social-, también éstas son no sólo satisfechas sino también producidas a través del intercambio" (Marx, 1972, Vol.2, pp.22).

1. El avance del neoliberalismo

A finales de la década de los sesenta, llega a su fin en los países imperialistas, la onda larga expansiva de la economía capitalista mundial iniciada después de la Segunda Guerra Mundial abriéndose la onda larga recesiva en la cual se halla inmersa aún (Bortz, 1985; Mandel, 1980 y 1986; Pradilla, 1987 y 1989). La superación de la crisis de la acumulación capitalista, vista por la burguesía como el agotamiento del patrón de acumulación sustentado en el intervencionismo estatal (lo que los eurocomunistas identificaban a la estructura del Capitalismo Monopolista de Estado) teorizado por el J=Keynesianismo, abre el camino al monetarismo, cuyas raíces se hunden en el marginalismo (Kalmanóvitz, 1983, caps. VIII y IX; Guillén Romo, 1984, cap. II.1; Foxley, 1988; Gilly, 1988). Sus ideas básicas son: el retorno pleno a la economía de libre mercado; la reducción del intervencionismo estatal mediante la privatización de sus empresas y la desregulación; la reestructuración global de los procesos de trabajo ("modernización" de la producción y las demás esferas de la actividad económica, nueva división internacional del trabajo, relocalización territorial de los procesos productivos a escala planetaria, etc.); la liberalización del comercio internacional; y, sobre todo, la reorganización de las relaciones de explotación de la fuerza de trabajo asalariada, para debilitar al movimiento obrero en beneficio del capital y la reducción del salario directo y

el indirecto, entregado mediante las condiciones generales de reproducción de la fuerza de trabajo (Pradilla, 1984, caps. II y 111), controladas por el Estado.

Para imponer los cambios a la clase obrera, fortalecida durante la expansión, se requiere de una postura política del Estado más autoritaria, más conservadora que las ideologías y prácticas de los estados liberales o socialdemócratas de la fase expansiva. En los países imperialistas se desarrollan rápidamente las ideologías y las políticas denominadas neoliberales, [3] con el impulso del gobierno norteamericano y los organismos financieros multinacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, cuyas expresiones más "puras" son el gobierno Conservador en Inglaterra, el Demócrata Cristiano en Alemania, el Liberal en Japón y, sobre todo, el Republicano de Ronald Reagan y George Bush en los Estados Unidos.

En América Latina, el tránsito de la expansión a la recesión ocurrió desigualmente, en la medida que el flujo creciente de endeudamiento externo y el boom petrolero permitieron a algunos países mantener la acumulación de capital durante la década de los setentas (Bortz, 1988); pero a finales de los setentas y principios de los ochenta, la crisis se generalizó a toda la región. En germen en los planes de ajuste y estabilización aplicados a fines de los sesentas y principios de los setentas en algunos países, bajo la coordinación impuesta del FMI y el Banco Mundial, las políticas neoliberales cristalizaron y empezaron a ganar hegemonía con los regímenes dictatoriales de Brasil, Uruguay, Argentina y Chile en los setenta (Kalmanóvitz, 1983; Foxley, 1988; Fajnsylver, 1983; Lichtensztejn, 1984), para hacerse dominantes en los ochenta a partir del estallido brutal de la crisis; con altibajos y zig zags, se impondrán entonces en regímenes considerados democráticos en su forma semicolonial como Colombia, México, Bolivia y más recientemente Venezuela y Argentina.

La crisis y el avance de la ideología y las políticas neoliberales en América Latina, ignorados por la mayoría de los investigadores urbano-regionales del establecimiento y de la oposición democrática o de izquierda, agudizan notoriamente las contradicciones territoriales y urbanas, generan otras nuevas e impulsan tendencias de cambio en la organización territorial y urbana de la mayoría de los países del área; por ello, se imponen como terreno privilegiado de análisis y exigen un esfuerzo redoblado de teorización. En la medida que la marxista es la única teoría que da cuenta de la naturaleza estructural de las crisis y su manifestación cíclica corta y larga, y brinda las herramientas para analizar las contradicciones internas del régimen capitalista de producción, la naturaleza antagónica de las relaciones de explotación, y la necesidad periódica de "reestructurar" o "modernizar" la economía y la política burguesas, para resolver coyunturalmente estas contradicciones (no reconocidas por las variante "teórica" burguesa en ninguno de sus campos parcelarios), es imperativo replantear la teorización sobre la relación economía-territorio a partir del marxismo, pero criticando y superando, en el mismo movimiento, la "teoría urbana" construida por los eurocomunistas y sus fuentes europeas y latinas, incapaces de dar explicaciones y respuestas a la situación actual.

2. Pauperización de los trabajadores, urbanización y agudización de las contradicciones territoriales

La pieza clave de las políticas neoliberales para "salir de la crisis", "modernizar" y "reestructurar" el capitalismo semicolonial y dependiente, es el incremento de la tasa de explotación de la fuerza de trabajo asalariado, mediante la combinación de sus vías absoluta y relativa, a fin de compensar o revertir la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, cuyo resultado es la pauperización creciente, en intensidad y extensión, de los trabajadores.

La modernización de los procesos de producción, circulación mercantil y monetaria e intercambio, y las condiciones generales de la reproducción de la formación social en su conjunto, con énfasis especial en las condiciones generales de la producción, tiene como objetivo el aumento de la intensidad y la productividad del trabajo para incrementar la plusvalía por la vía relativa, y su aspecto fundamental es la transformación de los procesos de trabajo. Los cambios tecnológicos en los medios, los procesos de producción y los productos (sistemas flexibles de producción, robotización, cibernización, maquinaria de control numérico automatizado, diseño de productos y control de producción por computadora) y la reorganización de los procesos de trabajo (sistema kanban, círculos de calidad, etcétera), tienen por objeto sustituir el capital variable por el constante, el trabajo vivo por el cristalizado en las maquinarias, el trabajo asalariado por el capital. El resultado es el incremento del desempleo generado por el despido masivo de trabajadores de todas las ramas de actividad capitalista pública y privada, registrado por las estadísticas, y la reducción permanente del trabajo necesario en cualquier expansión de la planta productiva, el comercio y los servicios; se refuerza así la presencia, estructural e insuperable, de un ejército industrial de reservas permanente y creciente en los países latinoamericanos. El pleno empleo, el libre mercado de la fuerza de trabajo y los "equilibrios" entre oferta y demanda, publicitados como cualidades de la nueva estructura económica, en países donde el desequilibrio ha sido permanente, aparecen como puramente demagógicos.

En las CGRFS, controladas por el Estado o el capital privado, la modernización implica, al mismo tiempo, liberación masiva de fuerza de trabajo y elevación de los costos de los servicios públicos debido a la carga de la amortización del nuevo capital invertido, presiones crecientes para la rentabilización capitalista y el "autofinanciamiento" (nivelación de las tasas de ganancia con los demás sectores de la economía) de las infraestructuras y servicios, mayor selectividad de los usuarios, barreras mayores al acceso de los sectores populares, y, consecuentemente, incremento de los déficits cuantitativos y cualitativos y deterioro de las condiciones materiales de vida en campos y ciudades. La modernización de la minería y la producción de energéticos y agua potable, fijadas territorialmente por la localización de las fuentes de recursos naturales, generadoras de concentración urbana limitada por la ausencia de encadenamiento de procesos productos, da lugar a desempleo, migraciones y caída general de las condiciones de subsistencia en las aglomeraciones-enclave.

La modernización de la agricultura, impulsada para reducir los costos de las materias primas exportadas, las destinadas a la industria local y al consumo de los trabajadores (para reducir también por esta vía el valor de la fuerza de trabajo y aumentar la plusvalía relativa), implica el congelamiento o reversión de los repartos de tierras en aquellos países donde el campesinado había conquistado con su lucha alguna forma de Reforma Agraria, por tibia y marginal que fuera, la reconcentración de la propiedad para alcanzar las economías de escala necesarias, el reemplazo de trabajadores por máquinas o paquetes tecnológicos de producción, mayor desigualdad en la competencia entre formas precapitalistas y capitalistas de producción y la descomposición más acelerada de la primeras. Los efectos territoriales son: acentuación de las desigualdades regionales resultantes del desarrollo diferencial de las formas productivas agrarias territorializadas, nuevo impulso a los flujos migratorios campo-ciudad determinados por el crecimiento del desempleo rural, la pauperización global de los trabajadores rurales y la degradación general de las condiciones de vida en los pueblos y aldeas campesinas.

Al interior de la misma burguesía, la modernización genera diferenciaciones y contradicciones crecientes. En el marco de la contracción del mercado interno y la recesión productiva, las empresas pequeñas y medianas (EP y M) carecen del capital suficiente para emprender las cuantiosas inversiones en capital constante fijo y circulante

necesarias y la nueva tecnología de productos; sólo los grandes monopolios, particularmente los transnacionales, que controlan las fuentes locales e internacionales de capital y la producción mundial de las tecnologías avanzadas de producción y producto, están en condiciones de llevar a cabo la modernización, nivelar su productividad, con la de los países industrializados, adquirir competitividad en el mercado mundial "libre", resistir la competencia de los productos extranjeros en el mercado interno y, gracias a los más bajos niveles salariales en los países latinoamericanos, obtener sobreganancias monopólicas.

A la concentración y centralización técnica y social del capital producida por la crisis y la quiebra de EP y M, se añade la generada por la desigualdad en la modernización y la competencia exacerbada entre empresas. En la época del capitalismo monopolista, la "libre competencia", el "libre mercado" y la "libre iniciativa" son demagogia ideológica; sólo pueden interpretarse como "libre competencia entre monopolios". El resultado territorial es el reforzamiento de la concentración urbana, independientemente de que ocurra en nuevas "ciudades intermedias", por la concentración cada vez mayor de los procesos productivos, los trabajadores y los circuitos de circulación e intercambio mercantil y monetario, mientras desaparecen los capitales no competitivos, en un proceso desigual (en lo social y territorial) de desindustrialización.

Sin embargo, la modernización trae consigo una contradicción futura. La elevación de la composición orgánica del capital individual y el social (cuando se trata de capital, en las CGRFS), puede elevar transitoriamente la tasa de plusvalía, pero generar, como contratendencias, la sobreacumulación de capital y la sobre producción de mercancías en el marco de un mercado interno fuertemente contraído y un mercado internacional sometido a una competencia exacerbada e inestable; al mismo tiempo, la significativa elevación de la Composición del Capital refuerza la tendencia a largo plazo a la caída de la tasa de ganancias, es decir, hacia nuevas explosiones recesivas. El nuevo desempleo generado engrosa necesariamente las actividades de subsistencia en el comercio y los servicios urbanos (venta ambulante, prostitución, reparación callejera y artesanía, robo, tráfico de drogas, etc.) donde se estabiliza y estanca el ejército industrial de reserva (EIR), en niveles infrahumanos de consumo y reproducción, al tiempo que reproducen el particular funcionamiento cotidiano de las ciudades que hoy conocemos, muy alejado de cualquier "ideal" de modernidad.

La reducción del salario real, camino fundamental para el incremento de la plusvalía por la vía absoluta, justificado por los neoliberales en razón de un supuesto exceso salarial (invisible en lo real), toma dos caminos. La austeridad salarial que hace que el salario nominal crezca más lentamente que las tasas de inflación, no importa si son altas o bajas, disminuyendo su poder de compra de bienes-salario. Mantenido durante largos períodos, ha cercenado más de la mitad del salario real de los trabajadores en la mayoría de los países del área. La drástica contracción del mercado de bienes básicos, se traduce en un factor recesivo para la industria del Departamento II de la producción, el aumento de la capacidad instalada ociosa, la quiebra de EP y M (destrucción del capital ineficiente), la disminución de la demanda de bienes de capital al Departamento I, muy poco desarrollado en nuestros países, una mayor concentración de capital, desindustrialización y desempleo. La expansión de la producción podrá realizarse solo en el Departamento III (bienes de consumo de lujo), poco elástico, o mediante la evacuación de excedentes de producción hacia el mercado internacional restringido por la competencia, por la poca productividad, los altos costos relativos y los ciclos de las economías imperialistas.

El otro camino para la reducción del salario real se lleva a cabo por múltiples acciones sobre su forma indirecta. La contracción del gasto público, más que proporcional en el caso del llamado gasto social en CGRFT (también considerado "excesivo" por la

burguesía) la elevación de los precios relativos de estos bienes y servicios, para alcanzar la rentabilidad capitalista de las empresas públicas o privadas que los suministran, eliminar subsidios y precios políticos o transferirlos de los sectores populares al capital por la vía de los precios diferenciales (transferencias de valor); la disminución correlativa de las prestaciones sociales directas por la caída de los salarios; la eliminación de las prestaciones extralegales conquistadas en el pasado por los trabajadores, con la anulación de los contratos colectivos de trabajo, su retroceso, o la aprobación autoritaria de nuevas legislaciones laborales que anulan o restringen el derecho de huelga, eliminan o recortan la estabilidad laboral y disminuyen las prestaciones legales. Estas "nuevas" leyes, que la burguesía proclama como el retorno al "libre mercado" de la fuerza de trabajo, incluyen en algunos casos el incremento de la jornada de trabajo o su no acortamiento en función del incremento de la productividad del trabajo, es decir, el aumento de la explotación por la vía absoluta.

Las políticas estatales de autoconstrucción de vivienda e infraestructuras que han acompañado la acumulación desde los sesenta, o su práctica obligada por las condiciones laborales, salariales y de funcionamiento del mercado del suelo y la producción privada de vivienda, son otro camino para el incremento de la plusvalía por sus dos vías históricas (Pradilla, 1987, Cap. IV), al transferir al trabajo familiar adicional una de las partes más importantes del valor de la fuerza de trabajo y generar, en el largo plazo, una disminución real global de éste, gracias a la generalización de la vivienda propia autoconstruida.

La pauperización creciente y constante de la población, expresión de una reducción histórico-moral del valor de la fuerza de trabajo asalariado por el capital, se evidencia en la mayor concentración del ingreso registrada en todos los países latinoamericanos en los años de crisis, así como en la pérdida constante en la participación relativa del trabajo asalariado en la renta nacional, en beneficio de la parte del capital, también registrada en la región. La pauperización de la fuerza de trabajo es una de las condiciones necesarias del proyecto neoliberal de modernización en su aspecto de orientación a las exportaciones de la planta productiva o de ensamblaje (maquila), pues la enorme diferencia salarial existente entre los países semindustrializados productores y maquiladores y los compradores o subcontratadores, da lugar a sobreganancias de monopolio que justifican la relocalización de procesos productivos intensivos en trabajo en nuestros países; el efecto se ha incrementado, acumulando plusvalía relativa, mediante la modernización constante del ensamblaje, para lograr la combinación de elevada composición orgánica de capital, y mano de obra muy barata, controlada y sin derechos laborales plenos o equivalentes a los de los países de destino de las mercancías (Pradilla y Castro, 1980).

La pauperización de los trabajadores es una de las explicaciones fundamentales de las contradicciones urbanas y de las fuerzas concentracionistas que actúan sobre los movimientos poblacionales; sólo su concentración en los grandes centros urbanos garantiza el acceso a formas de trabajo y consumo de subsistencia. Esta concentración actúa como palanca de: elevación de las rentas del suelo, particularmente las absolutas o de monopolio, ingrediente básico de la penuria de vivienda, el constante aumento de los costos de su producción capitalista o precapitalista y las rentas de la vivienda en alquiler, el incremento de los déficits de condiciones generales de la reproducción y de los costos para producirlas; la dispersión de la expansión física urbana, que eleva el costo y el tiempo de transporte, determinada por las condiciones inevitables de ilegalidad en la ocupación de suelo y la producción de viviendas de subsistencia de los sectores pauperizados.

3. La privatización de lo público

Otro de los ejes ideológicos y prácticos del neoliberalismo en América Latina, ha sido la reducción de la intervención del Estado en la vida social particularmente en la economía, su "redimensionamiento", y el "retorno a la economía de libre mercado", expresada en la reducción acelerada del sector paraestatal de la economía, la contracción del gasto público, sobre todo en el sector social (Condiciones generales de la reproducción de la fuerza de trabajo), el avance de la participación directa o en asocio con el Estado, del capital privado nacional y extranjero, en la producción y gestión de las CGRFS, la rentabilización capitalista de aquellas actividades que se mantienen en poder del Estado, y la desregulación de la vida económica y social.

En los países "avanzados", el desarrollo de la intervención estatal en la producción de las CGRFS, particularmente las de la producción, no tuvo que esperar la llegada de las teorías keynesianas; apenas concluida la primera revolución industrial, a mediados del siglo XIX, las contradicciones y deficiencias de la producción privada de estos bienes y servicios esenciales a la acumulación capitalista, llevó al Estado a la estatización y/o nacionalización [4] de ramas completas como los ferrocarriles, las comunicaciones, la producción de energéticos y agua potable, la dotación de vialidades urbanas, carreteras y puertos, o a su producción y gestión directa. Como lo señala Marx en el texto citado anteriormente, el financiamiento estatal de estas actividades, hechas en muchos casos a fondo perdido, recayó sobre los hombros de toda la sociedad, sobre parte de la renta nacional obtenida por el Estado mediante la tributación del conjunto de productores; se trataba de la socialización de los costos generales de la acumulación privada (Pradilla, 1984, Cap. II).

Las determinaciones estructurales de estas acciones fueron: la magnitud elevada de las inversiones necesarias para un capital aún poco desarrollado; la poca rentabilidad de la producción e intercambio en condiciones de un lento crecimiento del mercado de estos bienes y servicios y la presencia de sectores obreros de bajos ingresos relativos; las contradicciones emanadas de la competencia en la producción privada, los altos costos de producción derivados de la dispersión, las quiebras de empresas productoras y sus efectos sobre la acumulación en su conjunto; el carácter estructuralmente monopólico de su producción, circulación e intercambio, determinado por la necesaria unidad de los sistemas de producción y distribución y del territorio necesario para la producción de sus soportes materiales; la incompatibilidad técnica de los sistemas producidos por la "libre iniciativa" empresarial y la correlativa anarquía en la producción. En el ámbito de los servicios sociales, se sumaron: la creciente necesidad capitalista de racionalizar y socializar una parte de los costos de reproducción de la fuerza de trabajo; la lucha de los trabajadores por mejorar las condiciones de venta de su fuerza de trabajo (Seguridad Social y sistemas de vivienda); y los graves procesos de contaminación ambiental y de salud, generadas por la industria en el hábitat de los obreros en las condiciones de explotación salvaje de los orígenes de la acumulación industrial y las fases de crisis, que llegaron a afectar, sin distinción de clase a toda la población urbana y, entonces, llevaron al higienismo burgués de mediados del siglo XIX, precursor del ecologismo (Engels, 1974; Benévolo, 1979), a la reglamentación urbanística, la creación de servicios públicos y el inicio de las políticas estatales de vivienda.

Las crisis periódicas de la acumulación capitalista, particularmente en la primera mitad de este siglo, impulsaron al Estado a asumir el control de empresas privadas en quiebra para salvar a sus propietarios capitalistas. Empresas paraestatales llenaron los vacíos neurálgicos dejados por las privadas en las cadenas de la producción y el cambio o realizaron las grandes inversiones necesarias al desarrollo tecnológico para las sucesivas "modernizaciones" del aparato productivo. Las guerras interimperialistas y coloniales del siglo XX, por el control de los mercados mundiales de materias primas y productos,

impusieron la penetración estatal en sectores esenciales a la lucha por la hegemonía en el capitalismo. El papel creciente del Estado en la economías, se derivó de las necesidades y contradicciones del capital privado, asumidas y resueltas por su expresión colectiva, sirviendo como medio de reversión o, al menos, morigeración de las crisis de la acumulación o los enfrentamientos interburgueses.

En los países semicoloniales latinoamericanos, a estas mismas determinaciones objetivas se añadieron luego las generadas por el control monopólico del capital extranjero imperialista sobre ramas estratégicas de la acumulación o CGP y de la RFT, que entravaba el desarrollo del capital local y lesionaba la soberanía nacional, la necesidad de crear aceleradamente las condiciones generales internas de la acumulación e integrar el mercado interno, y en medio de procesos acelerados de urbanización, garantizar mediante precios subsidiados, políticos, un mínimo de bienes de subsistencia a los trabajadores en activo o en reserva. La búsqueda de una integración de las cadenas productivas, mínima y limitada pero necesaria, y más tarde, llegada la fase de estancamiento o recesión de la economía, la necesidad de salvar de la quiebra a los capitalistas en dificultades mediante la expropiación con indemnización, llevaron a la formación de importantes sectores capitalistas de Estado, pero muy desiguales según los países. La creación de un sector público importante constituyó una condición esencial de la acumulación, dependiente y subordinada al gran capital transnacional del capital privado en la región.

En términos generales, la "no rentabilidad" capitalista, la "ineficiencia" y otros "problemas" de las empresas estatales, se derivan precisamente de las necesidades, las condiciones de operación y las contradicciones que llevaron al Estado capitalista a su nacionalización o estatización, o de los vicios endémicos de la expresión política colectiva del capital (Theret y Wieviorka, 1980, Pradilla, 1984). Cuando son el resultado del control de empresas privadas en quiebra, las paraestatales arrastran durante años o décadas los pasivos, las irracionalidades y atrasos legados por sus antiguos propietarios privados. La elevada composición orgánica del capital y la gran magnitud de la inversión que caracterizan a muchas de las ramas en que se concentra la actividad empresarial del Estado, llevan a una muy lenta recuperación de la inversión y a tasas de ganancia inferiores a las prevalecientes en otras ramas. Como apoyos y promotores de la acumulación privada en su conjunto, las empresas paraestatales realizan permanentes y cuantiosos transferencias de valor a las privadas, mediante la entrega a estas de bienes y servicios a precios inferiores al precio de producción o, aún, al costo de producción, o gratuitamente (vrg. vialidades y carreteras), es decir, con tasas de ganancia menores a la media o negativas. Financiadas con fondos públicos provenientes de impuestos, no reembolsables ni perceptores de intereses, las paraestatales no están obligadas a obtener una tasa de ganancia igual a la del sector privado, financiado con capitales provenientes del mercado financiero.

Las empresas de servicios públicos cumplen objetivamente el papel de intermediarios del capital en la entrega a los trabajadores de una parte del salario real total, la indirecta o diferida, en base a los adelantos de capital variable hechos por la burguesía al Estado para tal fin, o a las cotizaciones directas de los trabajadores; así se logra racionalidad, economías de escala y menores costos por trabajador, que reducen la magnitud de los adelantos de capital y, por tanto, de los salarios. Homólogamente, proveen una parte, bastante limitada, de las condiciones mínimas de reproducción de la fuerza de trabajo en reserva (desempleados y subempleados). En estos casos, no hay lógica alguna que justifique ni la necesidad ni la razón de la obtención de ganancias, pues se trata de renta, no de capital, que pertenece a los trabajadores, administrada por el Estado debido a las condiciones del régimen político. Por otra parte, de una forma u otra, las empresas paraestatales suministran bienes y servicios al Estado mismo, sus aparatos políticos,

represivos, judiciales e ideológicos, indispensables al mantenimiento de la legitimidad o la coerción del Estado y, por tanto, a la dominación de clase y a la reproducción del sistema; estos gastos generales del capital son hechos a fondo perdido, y su «rentabilidad" no es monetaria.

En general, el Estado, sus organismos y empresas constituyen el cliente mayoritario de la producción privada de bienes y servicios; una parte sustancial del consumo posibilitado por el gasto público ingresa al ciclo del capital privado al realizar sus mercancías. La acumulación capitalista en la industria de la construcción en su conjunto, encabezada por la producción de materiales de construcción y maquinaria, el sector de Obras Públicas y los grandes monopolios que lo hegemonizan, depende en gran medida de la magnitud del gasto estatal en grandes obras públicas, y de sus políticas habitacionales. En estas relaciones, el consumo productivo o improductivo estatal, que alimenta permanentemente la realización de mercancías y los circuitos del capital, es un apoyo esencial de la acumulación privada de capitales.

La corrupción de los administradores públicos (sobre todo, cuando forman parte de los ejércitos en el poder) y la burocracia sindical corporativizada o subordinada, consustancial a la historia del capitalismo desarrollado o atrasado, en la que participa el capital privado como promotor, cómplice y beneficiario, la ausencia de un sistema de sanción objetiva, económica, a sus ineficiencias y errores, y el papel político que se les asigna como agentes de la legitimidad del régimen, son subjetividades presentes en el funcionamiento objetivo de las empresas públicas, particularmente en las que actúan como CGRFS.

¿Por qué reclama el capital privado nacional y multinacional la privatización acelerada de las empresas paraestatales? Las razones económicas, políticas e ideológicas son múltiples. El Estado, basándose en los fondos públicos, ha llevado a cabo las grandes inversiones necesarias, ha asumido sus riesgos y costos, ha logrado mantener y rescatar las empresas privadas quebradas, ha organizado un mercado interno o internacional para los bienes y servicios que produce, ha creado las condiciones de funcionamiento monopólico que les son propias, en una palabra, sin riesgos para el capital privado, ha creado las condiciones de una rentabilidad futura, cuando sean eliminadas las sobredeterminaciones de su carácter público; el capital privado considera que ha obtenido la suficiente madurez y poder para retomar en sus manos, a un costo sustancialmente bajo, estas empresas y cosecha sus dividendos, de privatizar lo antes creado y mantenido socialmente.

Políticamente, la burguesía quiere imponer su dominio directo sobre un sector de la clase trabajadora que, independientemente de las condiciones históricas en las que lo ha logrado o por ellas mismas, ha llegado a un alto grado de concentración y centralización organizativa y de poder, control e influencia sobre el resto del movimiento obrero, en lo laboral y lo político, por lo que representaría un enemigo demasiado fuerte para los capitalistas; en los países donde el movimiento obrero al servicio del Estado se ha desarrollado en relación con gobiernos socialdemócratas, bonapartistas progresivos o socializantes (denominados populistas por la burguesía), la sensación de peligro se acentúa. La privatización de las empresas públicas fragmenta la unidad sindical de los trabajadores al servicio del Estado y las grandes corporaciones industriales paraestatales, dispersa a los trabajadores, los aísla y mengua su poder de negociación laboral y política; así, como es la tendencia dominante, la privatización pasa por la anulación de los contratos colectivos de trabajo, la destrucción de sindicatos y el despido de todos o parte de los trabajadores, en un mercado de trabajo superavitario, el capital recibe los activos fijos de la empresa, su mercado (en la mayoría de los casos, controlado monopólicamente), y puede reconstituir una fuerza de trabajo joven, sin antigüedad, desorganizada, sin tradición de lucha, a la cual se ha expropiado de las conquistas

laborales (condiciones de trabajo, de organización sindical, salariales y de prestaciones sociales) logradas por sus antecesores en décadas o centurias de lucha y sacrificio. Un estupendo negocio.

Ideológicamente, cuando el capitalismo llega a un momento crítico en sus contradicciones, el capital puede asignar al Estado, del cual aparenialmente está divorciado aunque sea su expresión colectiva y su instrumento, la responsabilidad de su crisis y, como ave fénix, renacer de sus cenizas. Identificando espuriamente Estado y Nacionalismo, el capital nacional y extranjero puede dismantelar las barreras ideológicas y legales al proceso de transnacionalización de las economías latinoamericanas y, con esta base objetiva, reforzar las condiciones de su dominación política compartida desigualmente. Con el apoyo de la teoría monetarista, el capital convierte al gasto público y al déficit fiscal, uno de sus factores, en el responsable fundamental de los procesos inflacionarios y, "por tanto", de la caída de los salarios reales de la población, ocultando las determinaciones estructurales de los procesos de estanflación y el papel de las políticas burguesas y estatales de austeridad salarial, disminución histórica del valor de la fuerza de trabajo e incremento de las tasas de explotación.

La reducción del gasto público, otro pilar de la política neoliberal, es un mecanismo de reducción del salario real en su componente indirecto y diferido, en la medida que afecta fundamentalmente el denominado gasto social, es decir, en la producción y gestión de las condiciones generales de reproducción de la fuerza de trabajo, cubierto por la patronal mediante adelantos de capital variable a fondo perdido. Al mismo tiempo, permite reorientar el gasto restante hacia las inversiones productivas, las que serían rentables en términos capitalistas, que sirven la acumulación de capital y transfieren valor de las empresas estatales a las privadas: las condiciones generales de la producción y el intercambio. Esta reducción permite, al mismo tiempo, la de las transferencias de capital de la patronal al Estado vía impuestos, que se materializan en las reformas tributarias propuestas y aplicadas, de disminución o supresión de los impuestos al patrimonio empresarial o a las ganancias capitalistas, y su sustitución por impuestos indirectos que recaen en forma inmediata sobre las rentas del trabajo. Las implicaciones desastrosas de esta política sobre las condiciones urbanas de vida de los trabajadores en activo o reserva (vivienda, infraestructuras y servicios sociales, educación, salud, recreación, etcétera) son ya lugares comunes, aún en el discurso de los gobiernos y los organismos multilaterales. El Estado "adelgaza" gracias a la dieta de los trabajadores, cada vez más pauperizados.

El proceso de privatización de paraestatales y contracción del Estado ha sido asumido como consigna central de la cruzada de la burguesía latinoamericana, la transnacional territorializada en nuestros países, sus expresiones políticas y los organismos multinacionales que controlan los circuitos financieros internacionales. Llama la atención que las acciones reales en este campo, realizadas en nuestros países (Chile, Uruguay, Brasil, Argentina, Perú, Venezuela, Colombia y México), han sido mucho más amplias, profundas y aceleradas que en los países imperialistas donde se generó y puso en marcha la ideología neoliberal. Las explicaciones habría que encontrarlas en la naturaleza diversa de sus regímenes políticos, bastante más democráticos en los países centrales, la distinta correlación de fuerzas entre las clases, el poder y organización del movimiento sindical en los viejos países capitalistas, la debilidad y desarticulación de nuestras estructuras económicas, la profunda desigualdad de las crisis, las condiciones estructurales de dependencia en latinoamérica y el yugo hipotecario de la deuda externa que permite efectivas presiones del capital financiero mundial e impone y facilita respuestas aceleradas de las burguesías y los gobiernos locales.

Sin embargo, en el mediano y largo plazo, las implicaciones de esta política, en lo económico y lo territorial no garantizan un futuro tranquilo y sin sobresaltos para el capital

nacional y transnacional; resurgen contradicciones objetivas que la acción estatal había aminorado y aparecen otras tendencias "malsanas" nuevas.

El Estado no garantizaría ya aquellas condiciones generales de la producción y el cambio que no sean asumidas rentablemente por el capital privado (lo que en el pasado determinó su estatización), abriendo nuevamente el camino al surgimiento de vacíos y estrangulamientos en las cadenas o sistemas de dotación, en un momento en que la «modernización» del aparato productivo, comercial y bancario para "aumentar la productividad", enfrentar la "libre competencia" y el "desafío de la libertad de comercio", exigen un acelerado proceso de construcción y renovación de estas.

Al transferir al sector privado, parcial o totalmente, estas actividades, los aumentos consiguientes de la Composición Orgánica del Capital, cuyos efectos sobre la tendencia a la caída de la tasa media de ganancia y sobre los capitales individuales era mediatizada por los fondos públicos y sus transferencias, recaerá ahora directamente sobre los capitales individuales.

La privatización de las condiciones generales de reproducción de la fuerza de trabajo, su sometimiento a las condiciones de rentabilidad privada, la eliminación de los subsidios estatales, elevará necesariamente sus precios de mercado y generará una presión por los aumentos salariales correspondientes. Al mismo tiempo, disminuyen la economías de escala logradas por la centralización estatal de las CGRFT y la solidaridad forzosa entre los trabajadores adscritos a los sistemas de seguridad social, o los fondos de vivienda para los trabajadores, haciendo elevar sus costos y precios. Si estas presiones de los trabajadores no encuentran respuestas del capital, continuará la caída de los niveles de reproducción iniciada con la crisis y la austeridad, la cual tiene límites objetivos que sobrepasados, se vuelven barreras insalvables al aumento de la productividad y la intensidad del trabajo y, por tanto, al aumento de la plusvalía relativa.

El control estatal de diversas y significativas empresas permitía (aunque no necesariamente se ejerciera), la aplicación de una lógica de localización territorial y urbana que caminara en el sentido de la eliminación de las llamadas "deseconomías de aglomeración" (costos sociales de las expresiones territoriales de la anarquía en la producción social), o de la relocalización de las "ventajas de aglomeración" (dotación privilegiada de infraestructuras y servicios para la producción, o efectos "polarizadores" de las implantaciones de grandes empresas productivas estatales), tendientes a la redistribución territorial de la actividad económica y la población; con la privatización, la lógica de localización se transfiere a los capitalistas individuales y las fuerzas del mercado (en condiciones monopólicas), que históricamente sólo han producido, precisamente, estas "deseconomías" y desigualdades.

4. La reconversión económica y la reorganización territorial

La reconversión económica neoliberal incluye varios procesos íntimamente relacionados con la lógica de estructuración territorial y urbana: la orientación hacia las exportaciones; la liberación del comercio internacional; y la modernización de los procesos de producción, cambio mercantil y monetario y de las CGRFS, Todos ellos forman parte de un proceso más global denominado transnacionalización o internacionalización del capital, en el marco de una nueva división internacional de los procesos de trabajo o simplemente, del trabajo.

Uno de los determinantes de la onda larga recesiva de la economía mundial iniciada en los setentas, ha sido la exacerbación de la competencia comercial entre los países imperialistas, en el marco de tendencias claras hacía la sobreacumulación de capital en

las ramas más dinámicas de la producción: automotriz, aeroespacial, petroquímica, electrónica y cibernética, al tiempo que se desarrolla una dura confrontación, hasta ahora pacífica, por la hegemonía económica y política en el mundo capitalista, entre Estados Unidos y sus satélites Europa Occidental y el Japón y sus satélites asiáticos. Latinoamérica forma parte de este campo de batalla, en algunos casos con un papel muy significativo (México y Brasil), que incluye y genera una competencia entre los países de la región por la vinculación privilegiada a la reestructuración en marcha.

La orientación hacia las exportaciones, postulada como solución al estancamiento productivo interno, la evacuación de los excedentes de producción surgidos a raíz de la caída del mercado interno, la obtención de recursos para el pago de la deuda externa, la alimentación de la acumulación y la solución del desequilibrio estructural de la balanza comercial y la de pagos (Guillén Romo, 1984, Cap. 2), en medio de la persistente recesión y las fuertes tendencias inflacionarias, se ha desarrollado con tres diferentes bases productivas: la maquila o ensamblaje, la reorientación de la producción de las empresas locales antes orientadas al mercado interno, y el reforzamiento del papel exportador del sector agropecuario y mineroextractivo y de primer procesamiento. En los tres casos, independientemente de su "modernización", la competitividad en el mercado mundial se deriva fundamentalmente de las altísimas tasas de explotación de la mano de obra local, expresadas en los diferenciales del valor de la fuerza de trabajo con relación al de los países importadores, y su constante caída en términos reales como efecto de las políticas neoliberales de austeridad salarial, la más larga jornada de trabajo, las menores prestaciones sociales, la poca sindicalización, y las constantes y violentas devaluaciones de nuestras monedas frente a las de los importadores, que lo degradan aún más en términos relativos. El resultado para los capitales externos maquiladores o los locales exportadores son elevadas tasas de sobreganancia.

La maquila o ensamblaje intensivo en fuerza de trabajo, de piezas e insumos provenientes en su casi totalidad de las matrices en los países imperialistas, para el armado de partes de diferente importancia o productos finales destinados en su totalidad al mercado extranjero, se ha desarrollado ampliamente en México (por su "ventajosa" posición geográfica con los Estados Unidos y los países de la Cuenca del Pacífico); aunque desigualmente, también se expande en otros países. Fuerza de trabajo remunerada con el mínimo salarial, ausencia de estabilidad laboral por alta rotación de la mano de obra para evadir el pago de prestaciones sociales, casi nula sindicalización, mano de obra juvenil mayoritariamente femenina con altas tasas de desempleo en la población masculina o que ha superado la edad de máxima productividad, ausencia de seguridad social, extenuantes jornadas de trabajo en las líneas de montaje, prolongadas con horas extras y dobles jornadas, son las condiciones de explotación vigentes (Pradilla y Castro, 1990). Los centros urbanos privilegiados son, en México, las ciudades y pueblos campesinos fronterizos y los puertos, donde imperan todas las carencias, déficits y penurias imaginables de condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo (vivienda, educación, salud, energía eléctrica, agua potable, drenajes, vialidad), ante la imposibilidad de acceder a las producidas por el capital privado y la ausencia de políticas estatales de dotación equiparables con las necesidades que se acumulan debido a tasas de crecimiento urbano explosivas, alimentadas por las migraciones.

Las empresas japonesas, europeas o norteamericanas que relocalizan parte de sus procesos productivos en América Latina, se benefician también de la gratuidad o el bajo costo de infraestructuras (vialidad, transportes y comunicaciones), servicios y, sobre todo, materias primas o auxiliares como los energéticos, la electricidad y el agua, que en muchos casos son el resultado de millonarias inversiones hechas por el Estado para promover su instalación. Esta inversión absorbe lo fundamental del gasto público, en desmedro del gasto social. Exenciones arancelarias, aduanales y fiscales, y créditos

subsidiados preferenciales completan los beneficios de los "paraísos maquiladores" para las transnacionales. Por su naturaleza, la maquila y su territorio están totalmente desarticuladas de la estructura productiva y los mercados locales de materias primas y producto³ y carecen de efectos multiplicadores sobre el sector productivo local, limitándose a multiplicar los sectores bancarios y de servicios. Más que integrar la economía y el territorio nacional, lo desintegran, fragmentan, articulando porciones de él a las de los países imperialistas de origen y destino de capitales y mercancías. El "beneficio" casi exclusivo de nuestros países, son los salarios miserables pagados a los operarios.

Lograr la competitividad en el mercado mundial de la producción manufacturera orientada antes al interno, caracterizada por su atraso tecnológico, mano de obra poco calificada y peor pagada (explicación fundamental del atraso tecnológico), baja productividad, mala calidad del producto, y elevados precios en un mercado antes protegido de la competencia externa y controlado monopólicamente, supone una modernización acelerada; su primer y más evidente resultado es el despido masivo de trabajadores y el incremento del ya gigantesco ejército industrial de reserva cuya subsistencia depende de la realización de actividades muy poco productivas, pero remuneradas, antisociales y degradantes. El cambio tecnológico en los procesos de producción reemplaza capital variable por constante, trabajadores por máquinas, empuja la importación de bienes de capital e intermedios (medios de producción) contrarrestando en parte el crecimiento de las exportaciones y sus efectos sobre la balanza comercial.

La orientación a las exportaciones responde y reproduce la caída del mercado interno como efecto de la pauperización acelerada de la población, que unida a la entrada masiva de productos de consumo de alta tecnología y bajos precios provenientes del extranjero (o de la producción maquilada reexportada), en muchos casos simple "chatarra" industrial, que inundan el mercado a partir de la "liberación" parcial o total de las importaciones y su desgravación, conducen a la quiebra de numerosas empresas pequeñas y medianas, incapacitadas para modernizarse y mantenerse en la libre competencia entre monopolios. Estos últimos, particularmente los transnacionales, son los únicos en condiciones de reproducir el patrón exportador, elevándose el grado de concentración y centralización monopólica del capital y la hegemonía del extranjero, para cuyo ingreso, buscado casi fanáticamente, se suprimen o modifican legislaciones, se hacen concesiones fiscales, laborales, aduanales y arancelarias y se crean Condiciones Generales, consumiendo en ello lo que queda del gasto público recortado. Sin embargo, las exportaciones no logran compensar y superar la caída de la producción para el mercado interno.

La adecuación de la producción agraria a la competencia en el mercado mundial supone un desarrollo desigual de su sector capitalista, en términos de productos para los que existe demanda y regiones adecuadas natural e infraestructuralmente a estas producciones específicas. Mecanización, cambio tecnológico, concentración de la propiedad para formar unidades con escalas técnicas adecuadas y altos niveles de productividad, significan expropiación de tierras a campesinos parcelarios y expulsión de trabajadores agrarios, es decir, aceleración del proceso de urbanización. Desabasto del mercado interno, dependencia creciente de la importación de alimentos, aún de los que simultáneamente se exportan y altos precios internos, son subproductos de la orientación exportadora del sector agropecuario.

El turismo es otro de los sectores privilegiados por el proyecto exportador, sobre todo en México, por su cercanía a los Estados Unidos y sus grandes recursos históricos y naturales. Inversiones públicas multimillonarias en infraestructuras urbanas, aeroportuarias, carreteras y marítimas, sirven de soporte a la inversión de capital inmobiliario y comercial en hotelería y servicios conexos, mayoritariamente controlado por

las transnacionales hoteleras, restauranteras, de viajes y de transporte marítimo y aéreo; sus usuarios son los turistas extranjeros y los de la cúspide de la distribución nacional del ingreso. Una parte sustancial de las divisas introducidas son repatriadas por las transnacionales; sumadas al turismo egresivo suntuario, la balanza comercial del sector tiende a mantenerse deficitaria, haciendo injustificable la gigantesca inversión. Convertidos en focos de atracción para el desarrollo de actividades de subsistencia de muy bajo ingreso (comercio callejero) o asociales (prostitución, narcotráfico, delincuencia), estos "polos de desarrollo" presentan un crecimiento poblacional acelerado y reproducen, en forma ampliada, las mismas contradicciones de la ciudad semicolonial.

Las políticas neoliberales conducen a un nuevo patrón de acumulación, denominado de sustitución de exportaciones (Valenzuela, 1988), cuyas manifestaciones serían: orientación de las estructuras productivas hacia el mercado internacional, en un momento en que los países imperialistas acentúan el proteccionismo, y hacia los consumidores extranjeros; liberación casi total de la inversión extranjera como condición del flujo de capitales hacia el sector maquilador y exportador; apertura comercial que permite la introducción de cualquier producto extranjero; rápida contracción de la producción orientada al mercado interno en razón de la caída de los ingresos y el aumento de las importaciones, cuyos excedentes se trata de evacuar hacia el exterior; mayor grado de concentración y centralización técnica y social del capital y creciente hegemonía del capital transnacional en las estructuras económicas. Reindustrialización maquiladora periférica para la exportación y desindustrialización interior en las ramas para el mercado interno.

Las políticas neoliberales generan tendencias de reorganización del territorio y de los sistemas urbanos nacionales. Las nuevas industrias para exportación tienden a localizarse en áreas de más bajos salarios relativos, es decir, donde en la fase anterior de industrialización y consolidación del movimiento obrero no se habían dado transformaciones importantes del mercado de trabajo que determinaran altos niveles salariales directos e indirectos; en ciudades o pueblos con adecuada relación con los países de origen de piezas e insumos o destino de los productos finales, fronteras y litorales marítimos periféricos; áreas donde la inversión estatal ha producido Condiciones Generales de la Producción y el Cambio que garanticen al capital menores costos de inversión y producción. La nueva industrialización se produce en las denominadas "ciudades medias", o las genera, mientras la desindustrialización ligada a la contracción del mercado interno, ocurre en las grandes ciudades que soportaron la fase anterior "sustitutiva de importaciones": las grandes metrópolis. Pero no se revierte sustancialmente la tendencia a la concentración territorial en las viejas aglomeraciones primaciales en la medida que los procesos económicos aceleran aún más los movimientos poblacionales del campo a las ciudades y de las regiones de mayor atraso capitalista, hacia las viejas y nuevas urbes de expansión. Aunque las políticas estatales habían de desconcentración o descentralización, la realidad muestra continuidad en la concentración previa y reproducción ampliada de ella en otros puntos del territorio (Pradilla y Castro, 1989). La estructura territorial vertida hacia adentro con la industrialización sustitutiva, vuelve a orientarse hacia afuera para adecuarse a la variante exportadora. En los centros urbanos de "nueva industrialización", los puertos o los polos turísticos, la inversión productiva del capital (zonas industriales, hoteleras, portuarias, etcétera), vuelve a aparecer como el motor de la estructuración urbana y el lugar de concentración de las mayores y mejores infraestructuras y servicios, atrayendo hacia sus periferias los procesos de ocupación irregular de tierras y autoconstrucción de vivienda popular.

TEXTO

5. Transnacionalización de la economía y el territorio

En la fase de la industrialización sustitutiva, el capital transnacional llegó a dominar hegemoníicamente la estructura productiva industrial en términos cualitativos y a ocupar un lugar cuantitativo fundamental, por la ubicación de sus grandes empresas monopólicas en las ramas claves, más dinámicas de cada fase de la acumulación. Con el agotamiento del patrón y la llegada de la crisis, este capital fue desplazándose hacia los sectores comercial, bancario y de servicios especializados sin perder la hegemonía industrial. Convertidos por la ideología neoliberal en los agentes claves de la recuperación, la modernización y la reconversión de la economía, incluida la producción de las condiciones generales de la producción, y eliminadas parcial o totalmente las barreras creadas en el pasado por el proteccionismo y el nacionalismo, los grandes capitales extranjeros, transnacionales, incluyendo ahora en lugar primordial a los japoneses y asiáticos, reestructuran su papel y su lugar y ocupan los puntos neurálgicos de la "nueva economía". Mientras los capitales latinoamericanos se fugan hacia los países imperialistas en busca de ganancias especulativas, los extranjeros fluyen selectivamente y en una escala menor a la deseada por las burguesías y los gobiernos del área, hacia la maquila industrial, las empresas industriales estratégicas y prioritarias estatales privatizadas, las ramas de exportación más dinámicas, las redes de grandes centros comerciales, la banca, las comunicaciones, en particular las ligadas al desarrollo de la electrónica y la computarización, los transportes, los medios electrónicos de comunicación social y los servicios especializados. En la transnacionalización, la cantidad cede su lugar a la calidad.

La crisis del endeudamiento externo, la caída de los precios internacionales de las materias primas, los déficits de la balanza de pagos, las renegociaciones periódicas de la deuda y el papel de "árbitros" que adquieren los organismos financieros internacionales, a la vez económicos y políticos, crean condiciones excepcionales de maniobra al capital transnacional, debilitando el margen de negociación que habían adquirido los más grandes países latinoamericanos en el pasado. La "nueva" división internacional del trabajo combina el papel histórico de los países latinoamericanos como exportadores de materias primas mineras básicas y agropecuarias, en constante devaluación, con el de exportadores de manufacturas intensivas en trabajo sobreexplotado (para abaratar los costos de la fuerza de trabajo en los países centrales), de maquiladores de piezas y productos finales en el marco de una reorganización mundial de las cadenas productivas, y compradores de medios de producción sofisticados, partes e insumos intermedios, y de productos manufacturados de consumo inmediato y durable de alta tecnología.

Las decisiones de localización territorial se desplazan del Estado nacional, sus débiles instrumentos de planeación y programación y las burguesías locales o regionales, hacia las empresas transnacionales y su programación mundial de la actividad en el marco de la competencia entre monopolios y bloques regionales por el control de los mercados mundiales de bienes de capitales. La integración territorial nacional cede su lugar a la internacional, que la más de las veces, redundando en una desintegración de la interna. Las desigualdades regionales se profundizan en lo cuantitativo y lo cualitativo. Los procesos de integración económica regional latinoamericanos, abortados o desgastados por la realidad, son olvidados, cediendo su lugar a los grandes proyectos o ideologías de integración mundial geoeconómica y geopolítica: la Cuenca del Pacífico, la Cuenca del Caribe, el Mercado Común Norteamericano (Canadá, Estados Unidos y México).

6. La desregulación y la muerte de la planeación indicativa

La planeación indicativa, impulsada en los países latinoamericanos en las décadas del sesenta y el setenta, ha mostrado plenamente su carácter limitado, ideológico-

demagógico y estrechamente normativo; su incapacidad para modificar las tendencias naturales y contradictorias del capitalismo semicolonial y dependiente y de su expresión territorial y urbana, o para cumplir sus propias metas y objetivos, ha sido evidente. Carente de instrumentos objetivos, se había apoyado en la práctica contradictoria y relativamente muy débil en relación a los procesos objetivos y la acción del capital privado, del intervencionismo estatal ejercido a través de los organismos y empresas paraestatales y, sobre todo, en la ahora denominada "regulación" de la actividad económica, la localización territorial y la producción de los soportes materiales urbanos. El neoliberalismo trae consigo la desregulación como uno de sus ejes ideológicos y prácticos consustanciales, que conduce, más o menos rápidamente según el caso, a la supresión de los instrumentos normativos de que disponía la planeación. En su versión vulgar y pretendidamente "popular", la del otro sendero de Vargas Llosa y Hernando de Soto (Pradilla, 1988), se hacen más evidentes los posibles efectos de la desregulación para "liberar la creatividad de la informalidad", sobre el desmantelamiento de cualquier intento de planeación y normativización de la actividad urbana.

La reificación neoliberal del "libre mercado" y la "libre iniciativa", agudiza la contradicción estructural y la oposición coyuntural entre el régimen capitalista, la anarquía de la producción privada en general y de los soportes materiales, y la posibilidad de una planeación que resuelva sus contradicciones y privilegie el "bien común", los intereses generales de la nación y sus habitantes, por encima de los capitalistas privados y los grandes monopolios. El neoliberalismo es la negación de la planeación. La privatización reduce drásticamente los instrumentos de acción "planificada" o "programada" del Estado: carece de empresas estatales que puedan impulsar (al menos según la ideología keynesiana de la "polarización"), el desarrollo regional mediante sus decisiones de localización territorial; disminuyen sus instituciones financieras y los capitales disponibles para "orientar" los flujos de inversión; coloca en manos del capital privado local o transnacional la inversión en CGRFS y, por tanto, bajo los imperativos de la rentabilidad capitalista y no del "desarrollo armónico" como lo sostuvo en el pasado; la contracción del gasto público, sobre todo el social, disminuye aún más la siempre insuficiente acción del Estado en la creación y gestión de las condiciones generales de reproducción de la fuerza de trabajo en campos y ciudades; la reversión de las conquistas laborales de los trabajadores, de las prestaciones legales y extralegales contenidas en los Contratos Colectivos de Trabajo y en la anterior legislación laboral y la liquidación de los organismos que las materializaban y ejercían, castra su posible acción en la "redistribución" social y territorial del ingreso nacional.

La transnacionalización desplaza las decisiones económicas y territoriales de los aparatos estatales a los centros de gestión del capital transnacional, de sus acuerdos regionales, o al terreno anárquico de la libre competencia entre grandes empresas, oligopolios o acuerdos económicos multinacionales. La política de articulación a la nueva división internacional del trabajo, suplanta la meta de integración nacional por la de integración multinacional y somete más estrechamente las economías nacionales a los ciclos de las de los países imperialistas, en el marco de su lucha por la hegemonía. La pauperización de las masas trabajadoras, por la crisis y las políticas para superarla, reproduce ampliamente las necesidades, carencias, penurias y contradicciones materiales y sociales que se expresaban en las estructuras urbanas y las caracterizaban; insolubles e insolutas en el pasado intervencionista, a pesar de los múltiples planes y programas o, muchas veces, por ellos mismos, en el presente neoliberal aparecen como condiciones "naturales" de la vida social, que sólo podrían resolverse por automatismos económicos que los nuevos ideólogos o teóricos no logran ni demostrar en la historia ni definir en la ideología.

La planeación global y territorial (regional y urbana), son reubicadas por el neoliberalismo en su lugar objetivo: el de discurso político legitimador, ideologizado y demagógico, e instrumentos de programación y ejecución de las acciones de impulso y apoyo de la expansión plena del capitalismo salvaje en su nueva versión histórica.

7. Del autoritarismo a la democracia autoritaria

Kalmanóvitz, Foxley y Fajnsylver señalan reiteradamente dos hechos. En América Latina, las primeras experiencias de estabilización monetarista y transformación estructural neoliberal, tuvieron lugar en Brasil (1964-1967), Argentina (después de 1976), Uruguay (desde 1974) y Chile (desde 1973), a partir de golpes militares contra regímenes políticos caracterizados por la burguesía local y transnacional como "populistas" y se aplicaron mediante un ejercicio abiertamente autoritario del poder político co-militar. En segundo lugar, los componentes del proyecto económico y social conducen a una pauperización creciente de los sectores populares, en especial de los obreros y asalariados, lo cual exige el mantenimiento del autoritarismo para enfrentar sus luchas defensivas y garantizar la permanencia de los cambios regresivos de sus condiciones de vida y trabajo. El proyecto es portador de una contradicción entre la libertad absoluta que se otorga al capital y sus agentes, y la limitación de los derechos defensivos de organización, movilización y huelga en lo económico, y la cancelación de todo derecho a las manifestaciones políticas de todas las clases sociales. Por su autoritarismo congénito, su negación del nacionalismo, su proclividad a la subordinación a los países imperialistas, su recorte de las libertades democráticas y populares, su recurso a las viejas ideologías burguesas pero en contextos históricos radicalmente distintos, y su neta diferenciación con el liberalismo tradicional y el nacionalismo latinoamericano, más que de neoliberalismo, deberíamos hablar de neoconservatismo.

El estallamiento de la crisis global del patrón anterior de acumulación capitalista en los ochenta lleva en un doble movimiento, al agotamiento de estos regímenes militares y el retorno a la democracia formal; y al avance y generalización de la ideología neoliberal y su proyecto modernizador, impuesta por los organismos multinacionales y asumida como remedio único al estancamiento de la acumulación capitalista. Pero ahora tiene que ser aplicada por gobiernos elegidos por el voto popular (Argentina, Uruguay, Brasil y en unos meses, Chile). El proyecto se expande a Perú, Venezuela y México y adquiere celeridad mayor en Brasil y Argentina.

La interrogante, aún no muy claramente respondida en la práctica es como conciliar la necesidad de autoritarismo y la formalidad democrática. El Presidente militar chileno acuñó hace unos años el "concepto" de democracia autoritaria como la "solución"; ella sería, a nuestro juicio, una variante aún más recortada de la democracia semicolonial limitada o restringida que ha dominado la historia del continente, en alternancia con los regímenes dictatoriales. Sin embargo, la respuesta final no depende solamente de los deseos o voluntades de los gobiernos, sino de la correlación de fuerzas con los sectores populares y sus luchas democráticas y defensivas.

En el mismo dilema histórico se encuentran el gobierno de la ciudad y la planeación territorial y urbana. Mientras los movimientos sociales y políticos populares demandan insistentemente la participación democrática en ambas esferas, en el primero se mantienen expresiones limitadas, formales y en muchos casos impotentes o inoperantes, y en la segunda, sigue imperando el carácter burocrático, autoritario, sin participación ciudadana, al tiempo que su posibilidad transformadora y ordenadora se desvanece frente al avance incesante del individualismo, la negación de lo colectivo, la crítica a la justicia social, sustituida por el encubridor "bien común".

CITAS:

[*] Profesor titular del Departamento de Teoría y Análisis, División de Ciencias y Artes para el Diseño de la UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA, Unidad Xochimilco.

[1] La "crisis del marxismo", entendido como teoría y método para el análisis de las sociedades capitalistas, sólo sería objetiva si este hubiera perdido su capacidad para dar cuenta, mediante la investigación concreta, de los procesos reales (en nuestro caso, los "territoriales") y sus contradicciones, desde el punto de vista de los intereses de las clases explotadas. En este campo, a pesar de las enormes limitadores subsistentes, la investigación que ha logrado superar, al menos en parte, los mitos de la ideología burguesa y dar explicaciones coherentes y correspondientes con la realidad, se ha apoyado en una u otra forma en el marxismo. Esto es válido aún en el caso de la corriente eurocomunista, cuya importancia en el desarrollo del campo de investigación nadie puede negar; por ello se justifica su crítica. La primera condición para lanzar el veredicto de "crisis" de la teoría general, es analizar críticamente si la teoría particular que ha "fracasado" se deriva lealmente del materialismo histórico-dialéctico. Si no es así la "crisis" constatada será la de los teóricos incapaces de aplicar el marxismo a ese aspecto particular de la realidad social.

[2] El trabajo realizado por los investigadores marxistas sobre la relación economía-territorio y, más precisamente, producción-ciudad, temas centrales para la teoría general, ha sido casi nulo; el énfasis se ha puesto en la problemática del consumo de "lo urbano", las políticas urbanas del Estado, los movimientos sociales "urbanos" o la cultura urbana, sin tener en cuenta, en muchos casos, las relaciones de determinación de estos procesos por la base material. Quince años después de iniciada la crisis económica en la región y la aplicación de las políticas neoliberales, cuyos efectos territoriales son innegables y desastrosos, es excepcional que la investigación concreta o la teorización incluyan estos aspectos. Se ha usado con demasiada ligereza y simplismo, casi como exorcismo, el anatema del economismo para calificar a quienes insistimos en partir de la relación que es, para el marxismo, la piedra clave de la teoría de la sociedad.

[3] Usamos la denominación popularizada de neoliberalismo, pero creemos que es incorrecta, pues esta corriente carece del carácter democrático que caracterizó al liberalismo clásico y, en latinoamérica, del componente nacionalista y antimperalista; sería más correcto hablar de neoconservatismo.

[4] En sentido estricto, la nacionalización es el proceso por el cual una empresa controlada por el capital extranjero pasa a manos del capital nacional, público o privado; estatización sería el paso de una empresa de capital privado, nacional o extranjero, a propiedad del Estado.

BIBLIOGRAFIA:

Benebolo, Leonardo. (1979) Orígenes del urbanismo moderno. Blume, Madrid, España.

Bortz, Jeffrey. (1985) La crisis latinoamericana y los ciclos de la economía mundial en La Batalla No. 13, Noviembre-diciembre de 1985. México, D.F.

Engels, Federico. (1974) La situación de la clase obrera en Inglaterra Ediciones de Cultura Popular, México, D.F.

Fajnsylver, Fernando. (1983) La industrialización trunca en América Latina Nueva Imagen, México, D.F.

Foxley, Alejandro. (1988) Experimentos neoliberales en América Latina Fondo de Cultura Económica, México, D.F.

Gilly, Adolfo. (1988) Nuestra caída en la modernidad Joan Boidó I Climent, México, D.F.

Guillén ROMO, Héctor. (1984) Orígenes de la crisis en México 1940-1982 Era, México, D.F.

Lichtensztein, Samuel. (1984) De las políticas de estabilización a las políticas de ajuste, en Economía de América Latina No. 11. Primer semestre de 1984. CIDE. Instituto de Estudios Económicos de América Latina, México, D.F.

Kalmanovitz, Salomón (1983) El desarrollo tardío del capitalismo. Un enfoque crítico de la teoría de la dependencia Siglo XXI, Colombia, Bogotá.

Mandel, Ernest. (1980) La crisis 1974-1980. Era. México, D.F.

Mandel, Ernest. (1986) Las ondas largas del desarrollo capitalista Una interpretación marxista Siglo XX, España, Madrid.

Marx, Karl (1972) Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador) 1857-1858. Siglo XXI, Argentina, Buenos Aires.

Pradilla Cobos, Emilio. (1984) Contribución a la crítica de la "teoría urbana" Del "espacio" a la "crisis urbana" Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco, México, D.F.

Pradilla Cobos, Emilio. (1987) Capital, Estado y vivienda en América Latina Fontamara, México, D.F.

Pradilla Cobos, Emilio. (1988) El mito neoliberal de la "informalidad urbana" en Revista Interamericana de Planificación No. 85 Enero-marzo de 1988, SIAP, México, D.F.

Pradilla Cobos, Emilio. (1989) Acumulación de capital y estructura territorial en América Latina Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco, México, D.F. (Inédito)

Pradilla Cobos, Emilio y Castro García Cecilia (1989) Límites a la desconcentración territorial en Ciudades No. 3 RNIV, Julio- septiembre de 1989, México, D.F.

Pradilla Cobos Emilio y Castro García Cecilia. (1990) Las fronteras de maquila en Ciudades No. 5 RNIV, México, D.F.

Theret Bruno y Wieviorka Michel. (1980) Crítica a la Teoría del Capitalismo Monopolista de Estado. Terra Nova. México, D.F.

Valenzuela Feijo, José. (1988) La reconversión industrial en el contexto del nuevo patrón de acumulación secundario exportador en Gutiérrez Esthela. Testimonios de la crisis 3. Austeridad y reconversión. Siglo XXI, México, D.F.